

EL CIERRE DE PATRICIA

Un pedazo de Lavalleja que se apaga



- Minas pierde su fábrica histórica tras 90 años.
- 59 familias en la calle.
- Incertidumbre y dolor en la ciudad.



Escribe
Tabaré Viera

LAVALLEJA PIERDE A SU SÍMBOLO INDUSTRIAL

¡Son todos comunistas,
señor Heber!
Eduardo Irigoyen García

¿Qué haría José Batlle
y Ordóñez en 2026?
César García Acosta

La batalla cultural perdida
y la revolución de la nada
Daniel Manduré

El cierre de Patricia, un pedazo de Lavalleja que se apaga

Minas se quedó sin fábrica. Y con ella, Lavalleja se quedó sin una parte de su historia. La semana pasada, Fábricas Nacionales de Cerveza confirmó lo que todos temíamos: el cierre definitivo de la planta que durante casi noventa años produjo la cerveza Patricia. Cincuenta y nueve trabajadores hoy en el seguro de paro, y detrás de ellos, familias enteras, comercios, proveedores, toda una trama social que se sostenía, en buena medida, gracias a esa fábrica.

Para entender lo que se pierde hay que entender lo que se construyó. Todo empezó en 1892, cuando un grupo de visionarios descubrió en las sierras de Minas una fuente de agua de una pureza excepcional. Ahí nació Salus. Y en 1936, la misma empresa decidió dar un paso más: instalar una cervecería y maltería junto a esa fuente. Así nació Patricia, una cerveza que, con el paso de los años, se transformó en símbolo de Lavalleja y en orgullo de todos los uruguayos. Salus fue, durante más de un siglo, una empresa nacional, arraigada al territorio, parte de la identidad minuana. Eso cambió en el año 2000, cuando la compañía fue adquirida por dos multinacionales: la francesa Danone, que se quedó con el agua, y la brasileña AmBev, que se quedó con la cerveza. Desde entonces, la producción de Patricia quedó en manos de un gigante regional, con decisiones que ya no se toman en Minas ni en Montevideo, sino en Brasil.

Esto no es un hecho aislado. Ya en 2024 esta misma planta había anunciado su cierre, y por entonces se logró revertirlo. Pero la reapertura fue apenas una tregua. Dos años después, la historia se repite, y esta vez parece ser definitiva. ¿Por qué cierra la fábrica? La empresa habla de competitividad. Dice que compete con veinte millones de litros de cerveza que entran desde Argentina y Brasil a bajo costo, que tiene más del cincuenta por ciento de capacidad ociosa, que producir en Uruguay le resulta cada vez más caro. Y en eso hay una parte de verdad que no podemos negar: somos un país caro para producir, con costos

de energía altos, con una carga tributaria pesada, y con un sindicalismo que, muchas veces, en lugar de acompañar a la industria en sus dificultades, la atemoriza y termina ahuyentando la inversión.

Porque así funciona el mundo de hoy. Los capitales son líquidos, se mueven rápido, y no esperan. Si un inversor se asusta, no viene. Y si ya está instalado y algo lo asusta, se va. No hace falta que cierre una fábrica de un día para otro: alcanza con que la sume, gradualmente, a la lista de operaciones que no valen la pena en un país determinado. Eso es lo que pasó acá, primero hubo avisos, síntomas claros, y ahora en 2026, a un año y medio de un gobierno que no atina a dar buenas señales se produce el cierre.

La responsabilidad no es solo de la empresa ni solo del sindicato. Durante dos meses hubo negociaciones tripartitas, con el Ministerio de Economía, el de Industria y el de Trabajo sentados en la mesa. Y el resultado fue el mismo: la fábrica cierra igual. Eso habla de un gobierno que llegó tarde, que no tuvo sobre la mesa una propuesta lo suficientemente fuerte como para torcer una decisión que, según trascendió, ya estaba tomada de antemano en Brasil, pero siempre hay posibilidades de encontrar los estímulos para enderezar una situación.



Tabaré VIERA DUARTE

Senador. Fue intendente de Rivera, Presidente de Antel, director de Ose diputado, Vicepresidente del Congreso de Intendentes y ministro de Turismo.

Lamentablemente tenemos un gobierno pasivo frente a un proceso de desindustrialización que no empieza ni termina en Minas.

Porque esto no es un caso aislado. Es un mensaje. Cada cierre de fábrica en el interior repite el mismo patrón: una empresa que dice que no puede competir, un Estado que llega después de la decisión, trabajadores que quedan en el medio, y un pueblo que pierde una parte de sí mismo. Minas ya lo vivió con Salus y con Patricia. Otras ciudades del interior lo han vivido con otras industrias. Y si no cambiamos las condiciones de fondo, lo vamos a seguir viviendo.

Todos en ese departamento lo dicen con una palabra sencilla y honesta: tristeza. Tristeza porque generaciones enteras de minuanos trabajaron ahí, porque Patricia es parte de la identidad del departamento, y porque esta vez no hay reapertura a la vista.

Desde el Senado, y desde mi departamento vecino, digo con claridad: no alcanza con lamentar. Uruguay necesita revisar en serio sus costos de producción, su carga tributaria, y el clima de relacionamiento laboral, si de verdad queremos que la industria del interior sobreviva. Porque cada fábrica que cierra no es solo una noticia económica. Es un pedazo de nuestra historia que se apaga.



CONTENIDOS

Redactor Responsable
Tcs César GARCÍA ACOSTA

Domicilio:
Martín C. Martínez 1630/401
Montevideo-Uruguay

Teléfono:
098686686

Registro MEC
N° 2169/07, Tomo VI, fs. 388
Registro de Ley de Imprentas

Web: opinar.com.uy
Contacto:
cesargarciacosta@gmail.com

2 El cierre de Patricia, un pedazo de Lavalleja que se apaga **TABARÉ VIERA** 3 ¿Qué haría Battle y Ordóñez en 2026? **CESAR GARCÍA ACOSTA** 4 Farmeear aura **RICARDO ACOSTA** 5 «¡Son todos comunistas, señor Heber!» **EDUARDO IRIGOYEN GARCÍA** 6 La batalla moral perdida y la revolución de la nada **DANIEL MANDURÉ** 7 El tiempo de volver a ser **¿No somos nada?** **EDUARDO FAZZIO** 8 Innovar en libertad **GUZMÁN IFRÁN** 9 Manual de instrucciones para gobernar del FA **PABLO CAFFARELLI** 10 ¡No olvidéis la moneda para el Caronte! **LORENZO AGUIRRE** 11 El costo de financiar el poder **FITZGERALD CANTERO** 12 El problema del estado uruguayo **JORGE NELSON CHAGAS** 13 ¿Y si a Uruguay le conviene que gane Lula? **RAMIRO ROSSI** 13 Jorge Luis Borges, maestro del Storitellyng pedagógico **DAVID AURIS VILLEGAS**

Opinar

EL CIERRE DE PATRICIA Un pedazo de Lavalleja que se apaga



LAVALLEJA PIERDE A SU SÍMBOLO INDUSTRIAL

¿Qué haría Batlle y Ordóñez en 2026?

El debate sobre si la coalición debe concebirse -antes o después- de las elecciones nacionales, y la preexistencia de las alianzas, bloques y hasta fusiones, resultan un espacio estéril y de confrontación que lejos de despertar interés en sociedad, sólo importa a los políticos. A todos los demás, a las mayorías silenciosas, poco les importa cómo deberían presentarse los políticos a los comicios, sino simplemente que sepan cómo oponerse y confrontar. Mientras tanto, las izquierdas y las derechas en un claro juego de identidades no logran diferenciarse en sus políticas económicas. Todo parece ser consecuencia del ballotage y del mundo binario que creó este sistema electoral: en este esquema dos posiciones contrapuestas son el argumento necesario. El gran perdedor, si lo hay, es sin excusas la eficiencia institucional de la democracia republicana que debería sostenerse en la separación de poderes, y en las garantías electorales; sin embargo, toda gira en torno a una guerra de dos bloques. La revolución del centro quedó postergada, y sin entrar en presiones indebidas sobre las preferencias o alternativas de futuro, como simple ensayo de lo que vendrá, en esta columna intentaremos ingresar a ¿qué haría José Batlle y Ordóñez en 2026?



Todos reconocemos que José Batlle y Ordóñez fue un político de acción más que un teórico, con un pensamiento que se nutrió de un brillante círculo de intelectuales que lo secundaron para moldear al Uruguay que conocemos. Estos pensadores compartían rasgos comunes: **todos tenían una visión reformista, liberal y humanista**, y por eso estructuraron una legislación moderna, con un modelo educativo y una arquitectura estatal que marcó al Uruguay desde el **primer batllismo** a principios del siglo XX. Sus contemporáneos ideológicos más influyentes, fueron: **DOMINGO ARENA** abogado, periodista y legislador de origen humilde, y aunque se definía a sí mismo como un socialista pragmático, prefirió militar en el Partido Colorado. Arena fue el redactor e impulsor de la legislación laboral del batllismo (como la **ley de ocho horas** y la **indemnización por despido**). **PEDRO FIGARI** artista plástico, abogado, político y pensador que resultó clave por ser un intelectual obsesionado con la modernización de la educación y el desarrollo de la identidad productiva del país. Influyó en Batlle impulsando de manera crítica la reforma técnica y artística de los sectores obreros. Defendía una educación agraria, industrial y práctica adaptada a la realidad uruguaya. Esta visión de Figari caló hondo en la creación de escuelas de artes y oficios. Esto ayudó a modelar un batllismo que concebía el trabajo industrial como un motor de dignidad y emancipación económica. **BALTASAR BRUM** abogado de profesión integró la generación de jóvenes brillantes («los jóvenes turcos») criados bajo el ala ideológica de Batlle. Fue ministro de Instrucción Pública, ministro de Relaciones Exteriores y llegó a ser también presidente de la República (1919-1923). Brum aportó la doctrina internacionalista al batllismo, defendiendo un **panamericanismo solidario y la soberanía de los estados pequeños**. En lo interno, consolidó el ideal del **colegiado**. **CARLOS VAZ FERREIRA** fue el sustento filosófico del antidogmatismo. No era un militante activo en el esquema batllista, pero ofició como el referente intelectual de toda esa época en Uruguay. Fue el filósofo de la Universidad, y creador de una corriente de pensamiento basada en evitar los dogmas y analizar los problemas sociales con lógica viva. La filosofía de Vaz Ferreira sobre la propiedad de la tierra y los derechos de los individuos influyeron en el pragmatismo del propio Batlle. Vaz Ferreira proponía que cada ser humano debía tener derecho a una porción de tierra por el solo hecho de nacer («el derecho a la vivienda y el sustento»). Es imposible entender el ambiente ideológico de Batlle sin mencionar a **José Enrique Rodó**, que fue el ensayista más famoso del Uruguay de la época. Aunque al principio compartieron espacios en el Partido Colorado, Rodó se transformó en su **antítesis ideológica**. Frente al jacobinismo de Batlle, su laicismo radical (que eliminó los crucifijos de los hospitales y secularizó los feriados) y su enfoque hiperintervencionista. En el ejercicio que nos proponemos en esta columna, la idea es trasladar a **José Batlle y Ordóñez** a la realidad actual. Seguramente don Pepe no miraría

al país con nostalgia decimonónica, sino que aplicaría su característico afán de «inquietista».

La esencia de su pensamiento no se conformaría nada más que con el derecho a lo recibido, sino que la República siempre debe perfeccionarse.

Analizando los desafíos económicos, sociales y políticos del Uruguay actual, **un Batlle y Ordóñez en 2026 centraría su acción en las áreas transversales del Estado**, y lo haría aplicando sus principios históricos de justicia social, estatismo estratégico, laicismo e institucionalidad republicana:

COMBATIENDO LA POBREZA Para Batlle, el Estado debía ser «el escudo de los débiles». Al observar las principales problemáticas sociales actuales, como los núcleos de pobreza extrema concentrados en la infancia y la situación de las mujeres jefas de hogar, actuaría de forma drástica:

Con un shock de inversión en la infancia: Crearía un sistema ultra-centralizado de asignaciones e infraestructura integral (nutrición, vivienda y cuidados) financiando de forma directa a los hogares más vulnerables.

Aplicando Impuestos a la riqueza: Fiel a su histórica reforma impositiva, buscaría aliviar la carga tributaria sobre el consumo básico de las clases populares e incrementaría los impuestos a las rentas más altas y a los grandes patrimonios de tierra para financiar el rescate social.

APELANDO A LA EDUCACIÓN PÚBLICA Y A LA REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA (IA) Batlle entendía la educación como el gran igualador social. Ante el avance de la Inteligencia Artificial y la automatización que reconfiguran el mercado laboral, Don Pepe evitaría las medias tintas:

Estatizaría la infraestructura digital: Fiel a su lógica de que los servicios esenciales no deben lucrar con el pueblo, declararía la conectividad de alta velocidad y los servidores de procesamiento de datos estatales como «servicios públicos esenciales» bajo el ala de ANTEL.

Transformaría el sistema educativo radical: Rediseñaría las currículas escolares orientándolas masivamente a las ciencias de la computación, robótica y pensamiento crítico, asegurando que los hijos de los obreros tengan exactamente las mismas herramientas tecnológicas que las élites para evitar una nueva brecha de clases.

REFORMANDO INSTITUCIONES ANTE EL NARCOTRÁFICO Y LA CARCEL Dado que la seguridad pública es la principal preocupación de la ciudadanía, exacerbada por la violencia del narcotráfico y el colapso del sistema penitenciario,

Batlle aplicaría su enfoque humanista y legislativo:

Reformando de modo radical del sistema carcelario: Batlle (quien ya en su época hacía campañas periodísticas por los olvidados en los manicomios y asilos) eliminaría el hacinamiento penitenciario transformando las cárceles en centros de educación técnica obligatoria gestionados por el Estado. Fiel a su idea de dignificar al ser humano a través del trabajo productivo, buscaría rehabilitar en lugar de castigar.

Dispondría una intervención estatal en los mercados delictivos: Así como Uruguay legalizó la marihuana siguiendo cierta impronta regulatoria de matriz liberal-batllista, un Batlle de esta era analizaría enfoques regulaciones drásticos liderados por el Estado para asfixiar económicamente las finanzas de las bandas de narcotraficantes.

CREANDO NUEVAS «EMPRESAS PÚBLICAS» ENERGÉTICAS porque el batllismo original creó los monopolios estatales (UTE, el Banco de la República, el telégrafo) para evitar que el capital extranjero drenara los recursos del país. Ante los desafíos de inversión y competitividad:

Crearía «Usinas de Hidrógeno Verde y Movilidad Eléctrica»: Frente a la tendencia global hacia la electrificación, Batlle fundaría corporaciones estatales destinadas a la producción e industrialización del hidrógeno verde y energías renovables avanzadas. Su meta sería que el país no solo importe tecnología limpia, sino que la genere bajo órbita pública.

Defendería el empleo de calidad ante las plataformas: Regularía de forma estricta el trabajo en plataformas de entrega y transporte (Uber, PedidosYa, etc.), obligándolas a reconocer la relación de dependencia garantizando el aguinaldo, salario vacacional y limitación de la jornada para acabar con la «uberización» del empleo. Quien da trabajo debe recibir subvenciones del Estado capaces de ser reflejadas en el precio de su producción. Eso se llama en el primer mundo «preferencia» para la competitividad.

LUCHANDO CONTRA LA POLARIZACIÓN Ante un escenario con debates fragmentados, tensiones políticas, binario por efecto del ballotage, y problemas de mayorías en el Parlamento: **El gobierno de cercanía sería una alternativa:** Batlle rechazaría el hiper-presidencialismo personalista y los escándalos que erosionan la confianza en el Poder Ejecutivo. Volvería a proponer el debate de las grandes políticas de Estado mediante consejos colegiados transversales o grandes comisiones vecinales y técnicas para destrabar el «empate» político nacional. **La laicidad en el siglo XXI:** Volvería a blindar la laicidad del Estado ante cualquier avance de corporaciones religiosas o dogmáticas en los ámbitos de la educación pública y la salud.



Cesar GARCÍA ACOSTA
Editor del semanario **OPINAR**
Técnico en Comunicación Social

Farmear aura

Ricardo ACOSTA CALVO
Periodista



Hay palabras que nacen en internet y terminan explicando cosas que existen desde mucho antes. Farmear viene de los videojuegos: repetir determinadas acciones para conseguir experiencia, recursos, puntos o subir de nivel. Pero en la jerga joven de internet, farmear aura es otra cosa: hacer cosas que te dan presencia, reconocimiento, estatus. Acumular «aura». Quizás los jóvenes simplemente encontraron una palabra para una vieja práctica. Porque en política también se puede farmear aura.

Una causa. Una militancia. Una aparición pública. Un cargo. Después otro. Cada etapa suma. Y, con suerte, abre la puerta a la siguiente. El recorrido de Fabiana Goyeneche permite mirar esa mecánica con cierta curiosidad.

Goyeneche alcanzó notoriedad pública como una de las figuras visibles de la campaña contra la baja de la edad de imputabilidad. Después llegó la política partidaria, el Frente Amplio, Casa Grande y una trayectoria que pasó por distintos cargos de responsabilidad pública. Fue directora de Desarrollo Social de la Intendencia de Montevideo y luego directora de Relaciones Internacionales y Cooperación. Desde 2014 es funcionaria del Ministerio de Economía y Finanzas y actualmente cumple funciones en Cancillería en régimen de pase en comisión. No hace falta decidir si cada una de esas etapas tuvo más o menos mérito. Los hechos permiten observar algo más interesante: cómo una trayectoria puede convertirse, paso a paso, en capital político.

Una causa puede generar reconocimiento. El reconocimiento puede abrir una puerta. Una puerta puede llevar a un cargo. Y un cargo puede convertirse en la experiencia que justifique el siguiente. Se va construyendo una trayectoria. Se va acumulando aura.

Hasta que aparece algo bastante menos abstracto.

Los \$ 30.000.

Goyeneche dejó de percibir en Cancillería una partida anual que cobraba en el MEF bajo el concepto de «compromiso de gestión». A partir de esa situación surgió el planteo para que una compensación similar pudiera contemplarse para funcionarios en pase en comisión. El artículo 122 del proyecto, luego reenumerado como 118 durante el tratamiento parlamentario, terminó recogiendo esa posibilidad.

Y ahí el aura se encuentra con algo incómodamente concreto: una ley.

Porque una cosa es acumular trayectoria, reconocimiento y responsabilidades. Otra es que esa trayectoria termine, directa o indirectamente, convertida en una solución legislativa que puede significar unos \$ 30.000 anuales.

Del otro lado, la respuesta fue que Goyeneche no había solicitado la elaboración del artículo y que las críticas habían derivado en una forma de violencia política. Podría discutirse si Goyeneche tenía o no razón en su reclamo. Pero el Parlamento tuvo que discutir algo bastante más sencillo.

Y votó: en 99 diputados, 99 votos en contra. Ninguno a favor.

También los diputados del Frente Amplio.

Ahí la metáfora empieza a ponerse interesante. Porque se puede acumular experiencia. Se pueden sumar puntos. Se puede subir de nivel. Se puede construir aura.

Pero en algún momento aparece una pantalla que no se pasa con antecedentes, exposición ni trayectoria. Hay que jugar la partida. Y esta vez la partida terminó 99 a 0.

Lo curioso vino después.

En lugar de quedar la discusión concentrada en el artículo que había sido rechazado, apareció otra discusión: la de los ataques y el supuesto hostigamiento contra Goyeneche.

Constanza Moreira salió en su defensa y expresó su solidaridad con ella, señalando que había sido víctima de hostigamiento durante años y rechazando lo que calificó como violencia política contra las mujeres.

Carolina Cosse también intervino. Dijo que atacar a Goyeneche era inhumano, cuestionó que se personalizara la discusión y sostuvo que no era serio presentar el asunto como si el gobierno quisiera cambiar una ley para beneficiar con \$30.000 anuales a una persona. Y agregó que Goyeneche no merecía esos ataques.

Y entonces aparece una paradoja bastante particular.

La propuesta no consiguió un solo voto.

La defensa política, en cambio, apareció enseguida. Dos figuras relevantes del Frente Amplio salieron públicamente a respaldarla.

Una habló de hostigamiento.

La otra, de inmoralidad.

Mientras tanto, el Parlamento había hecho algo bastante menos sofisticado.



Había votado.

No hace falta llamar a nadie «acomodada». Tampoco «trepadora». Mucho menos afirmar que cada paso de una carrera responde a una devolución o a un favor. Eso sería regalarle al lector una conclusión que los propios hechos permiten construir.

Hay carreras que avanzan por concursos, escalafones y años de experiencia. Y hay otras que parecen descubrir una puerta nueva cada vez que se cierra la anterior.

Quizás la diferencia no esté solamente en cuánto mérito tiene cada recorrido, sino en cuánto capital político consigue acumular cada persona durante el camino.

Porque el aura no aparece de la nada. Se construye. Con causas, militancia, exposición, cargos y responsabilidades. Cada paso suma. Cada nivel habilita otro.

Bueno, entonces habrá sido la meritocracia.

El problema es que la meritocracia tiene una mala costumbre: de vez en cuando obliga a mostrar el resultado. Y cuando llegó ese momento, quedó una pregunta bastante más incómoda que los treinta mil pesos:

Si todo ese recorrido fue simplemente el resultado natural del mérito, la experiencia y la trayectoria política, ¿por qué cuando llegó el momento de defender el resultado concreto de esa carrera no hubo un solo diputado del Frente Amplio dispuesto a hacerlo?

Quizás los videojuegos tengan razón.

Por más aura que hayas farmeado, llega un momento en que hay que pasar la pantalla.



Eduardo IRIGOYEN
Periodista

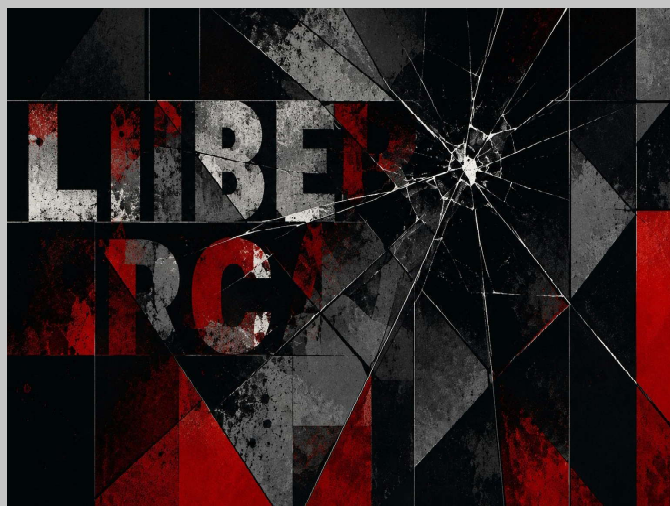
El arte de etiquetar al otro se ha vuelto moneda corriente en el debate público. Basta con que una persona se ubique apenas un paso a la izquierda del centro para que, en cuestión de segundos, sea tildada de comunista. Del mismo modo, cualquier moderado, liberal o conservador que no comulgue con el interlocutor de turno es automáticamente facho, retrógrado o enemigo del pueblo.

Este mecanismo, tan cómodo como reaccionario, se ha instalado en las redes sociales, en los portales de noticias y hasta en las charlas de café. Pero su ligereza no debería ser inocua: oculta una pereza mental que empobrece la democracia y, lo peor, banaliza el dolor ajeno.

El 14 de agosto se cumplió un nuevo aniversario de la muerte de Líber Arce, un joven de 28 años que militaba a tiempo completo en la Unión de Juventudes Comunistas y estaba inscripto en varias facultades, no tanto para estudiar como para desarrollar tareas de agitación y propaganda.

Era, como tantos, una persona con ideales —erróneos para nosotros—, pero, ante todo, un hijo que ayudaba a sus padres en un puesto de feria. Una vida. Un ser humano.

Los hechos ocurrieron en agosto de 1968. El país vivía bajo Medidas Prontas de Seguridad. El MLN-Tupamaros había secuestrado a Ulises Pereyra Reverbel y el gobierno había allanado varios locales universitarios en busca de posibles



pistas. La FEUU dispuso que estudiantes de distintas facultades se congregaran en la Facultad de Veterinaria para una «operación relámpago»: cortar la calle, reclamar presupuesto y exigir el levantamiento de las medidas de excepción. Avanzaban por la calle General Prim cuando se toparon con un vehículo policial. Bajaron tres agentes, entre ellos el oficial Enrique Tegiacchi Brenes, un joven que también era estudiante. Hubo tumulto, empujones, miedo. Tegiacchi cayó al suelo y fue rodeado. Desenfundó una pistola calibre .22, fuera de reglamento, y, en un segundo de pánico, disparó. La bala alcanzó a Líber Arce en la parte posterior de la pierna izquierda, seccionó la arteria femoral y, dos días después, murió en el Hospital de Clínicas.

La Justicia de la época —que no era comunista— procesó al oficial por homicidio. Sabemos mucho de Líber Arce, pero poco y nada del policía que hizo el disparo. Corresponde preguntarse: ¿qué sintió Tegiacchi, ese muchacho rodeado y agredido en medio del caos? ¿Por qué disparó su arma dos veces cuando los estudiantes estaban desarmados?

Dos familias uruguayas quedaron rotas: la de un joven que salió a protestar y volvió en un cajón; la de un policía que salió a garantizar el orden y cuya vida quedó marcada por un instante de terror.

JUSTIFICAR LO INJUSTIFICABLE Con el paso de los años, la muerte de Líber Arce ha sido reducida a una caricatura por parte de algunos opinadores anticomunistas. Algunos dicen —lo leí y hasta lo debatí en las redes— que Líber Arce «jugó con fuego y se quemó»; otros, más delirantes, hablan de un autoatentado por el simbolismo de su nombre.

Se cuestiona si era un «estudiante eterno», si militaba en tal o cual facultad, si era un agitador profesional. Pero ¿acaso eso cambia lo que pasó?

Las etiquetas y la muerte que no debió ser «¡Son todos comunistas, señor Heber!»

Ningún proyecto político, ninguna consigna, ninguna bandera justifica que una vida termine así. La verdadera tragedia no se mide en ideologías, sino en el latido que se detiene y en el vacío que deja.

La violencia y las tragedias humanas no pueden justificarse por el rendimiento académico de una víctima ni por su dedicación a la causa comunista.

Fue una desgracia que nos marcó a todos.

Ojalá podamos mirar este pasado con más empatía hacia las vidas perdidas y haya menos dedos acusadores.

EL MISMO MECANISMO, OTROS PROTAGONISTAS El reflejo de las etiquetas fáciles reapareció hace pocos días, cuando Cabildo Abierto decidió dar sus votos al presupuesto en el Parlamento. De pronto, Manini Ríos y el diputado Perrone se convirtieron, según algunos, en comunistas, traidores y hasta tupamaros.

Resulta irónico: tiempo atrás, quienes criticábamos el discurso de Cabildo Abierto éramos tildados de comunistas y de conspirar contra la Coalición Republicana. Ahora todos dicen: «Yo siempre lo supe», «Sabía que Manini rumbeaba para ese lado».

Permítanme que me ría, pero con amargura.

Hay que llamar a las cosas por su nombre. El propio Manini ha dicho que «no somos ni de derecha ni de izquierda». Cuando alguien pronuncia esa frase, suele ser de derecha.

Cabildo Abierto es derecha dura, nacionalista, identitaria, patriagrandista, populista, conservadora y con fuertes vínculos con la tradición militar. No es fascista, pero buena parte de quienes se definen como tales encuentran allí un refugio cómodo.

Que vote con el Frente Amplio no lo convierte en comunista: lo convierte, en todo caso, en oportunista.

Los militares estudian estrategia; pero, a veces, también se equivocan.

FALTA HONESTIDAD INTELECTUAL El verdadero problema no es ideológico: es de honestidad intelectual.

Si llamamos comunista a un socialdemócrata moderado, pero nos cuesta llamar ultraderecha a la ultraderecha, estamos renunciando a la capacidad de nombrar el mundo con precisión. Y sin nombres precisos no hay debate posible: solo hay gritos, prejuicios y sordera.

La historia de Líber Arce y de Enrique Tegiacchi no es solo un episodio del pasado; es un espejo. Nos muestra cómo la ideología puede cegarnos, cómo el miedo puede desatar la violencia y cómo el prejuicio puede convertir a una víctima en un símbolo deshumanizado.

Pero también nos recuerda que detrás de cada etiqueta hay una persona: un hijo, un padre, un amigo. Y que la política, por más apasionada que sea, jamás debería arrebatar la capacidad de mirar al otro con un mínimo de compasión y empatía.

Defender la libertad de pensamiento es también defender el derecho a disentir sin ser demonizado. Es poder decir «comunista» cuando realmente lo es y «fascista» cuando realmente lo es.

Pero también tener la honestidad de no llamar comunista al que no lo es, ni fascista al que no lo es.

Las etiquetas políticas deberían describir, no funcionar como insultos. Sin caricaturas, sin miedo y, sobre todo, sin odio.

«¿HOLA, HEBER?» Cada vez que una voz destemplada señala a alguien y lo acusa de comunista, no puedo evitar recordar a la actriz Mecha Bustos, quien hacía el papel de la viejita desnorreada en *Decalegrón*. Ella llamaba por teléfono, se enredaba con D'Angelo, Frade o Espalter y, cuando no le daban pelota, exclamaba con furia:

«¡Son todos comunistas, señor Heber!»

Hacía referencia a Heber Pinto, el recordado relator deportivo y luego conductor de *Sea Ud. juez por un minuto*, un programa que tenía un público mayoritariamente conservador.

(Heber Pinto también fue diputado por el pachequismo).

En ese programa, mediante mensajes telefónicos de hasta sesenta segundos, la audiencia culpaba a los comunistas de casi todos los males del mundo. Era curioso, casi una parodia.

Pero la vida real no es un *sketch*.

Las palabras hieren, distorsionan y, a veces, matan simbólicamente a quienes no piensan como nosotros.

Quizás los más jóvenes no sepan —una lástima, verdaderamente— quiénes eran Mecha Bustos, Heber Pinto o qué era *Decalegrón*, y haya una generación que los olvidó.

Pero lo que sí deberíamos olvidar, con urgencia, es nuestra inagotable capacidad de odiar, de no sentir el dolor del otro y de encerrar a la gente en casilleros que solo sirven para justificar nuestra propia indiferencia, nuestro fanatismo y nuestra ignorancia.

La batalla moral perdida y la revolución de la nada

Daniel MANDURÉ
Convencional del PC.
Fue Edil por Montevideo



Recién llegado de su visita a la dictadura cubana, después de su fraternal abrazo con el tirano Díaz Canel, el referente histórico del Frente Amplio y defensor de cuanta dictadura amiga hay en la región, el senador Oscar Andrade hizo unas declaraciones que pasaron desapercibidas. Las que seguramente le puso los pelos de punta a más de uno dentro del gobierno y en la interna de su propia fuerza política. Porque desnuda y reconoce lo que algunos insisten en negar. Andrade reconoció algo que el propio Fernando Pereira ha buscado esconder sin éxito: que el gobierno va a contramano del Frente Amplio. Que la fuerza política piensa una cosa y el gobierno hace otra muy distinta y que por esa dualidad de criterio se está pagando el precio. Agregó en esa nota periodística que era un grave error mantener esas posturas divergentes y que se alejaban de los planteos históricos de la coalición que gobierna. Todo dicho, es así. A confesión de parte relevo de pruebas.

Por supuesto que no es una novedad, desde la oposición se ha dicho siempre, pero es interesante que alguien desde las propias entrañas de la fuerza política que gobierna lo admita públicamente.



La interna en el Frente Amplio, por más que se niegue, está que arde. La confrontación, las diferencias y el mal humor es generalizado e inocultable. Las dificultades de liderazgo del presidente que no logra alinear a sus jerarcas donde cada uno hace y propone lo que quiere. Con cortocircuitos permanentes. Y con errores de comunicación que no cesan.

El episodio de hace unos días relacionado a la partida especial de \$ 30.000 que se pretendió habilitar para Fabiana Goyeneche es uno de ellos.

El Poder Ejecutivo incorporó en la Rendición de Cuentas un artículo que modificaba las condiciones para el cobro de una partida especial. La directora de Asuntos Administrativos de la Cancillería reconoció en el parlamento que lo de incorporar esta norma fue impulsada por la propia Goyeneche. Cuando llega el momento de votar dicho artículo en diputados fue rechazado por unanimidad. No hubo un solo legislador frenteamplista que apoyara la iniciativa del propio gobierno.

Aparece aquí las preguntas inevitables: si el artículo era correcto, ¿Por qué ningún diputado del Frente Amplio lo votó? Y si era incorrecto, ¿Qué llevó al ejecutivo a incluir dicha iniciativa en la Rendición de Cuentas?

¿No hay comunicación entre ejecutivo y legislativo?

Una perla mas que desnuda ese divorcio dentro del propio gobierno.

No hay que personificar el problema en Goyeneche. El problema político es más profundo. Es el gran mareo que tiene el gobierno. Que va sin rumbo, «como bola sin manija».

Hay momentos en la vida política en el que un partido pierde mucho más que votos. Comienza a perder la confianza y la credibilidad que aún mantenía en parte de su militancia y simpatizantes

Una cosa es perder votos otra muy diferente es comenzar a perder lo que ellos consideraban el gran diferencial con el resto de las fuerzas políticas.

Porque el Frente Amplio hoy está perdiendo la batalla moral. Durante décadas construyó buena parte de su identidad sobre una idea poderosa: la de pretender representar una ética diferente en el accionar político. Donde en su discurso apuntaban a la transparencia, la sensibilidad social y una supuesta superioridad moral frente a otras fuerzas políticas que fue parte esencial de su identidad.

Por ello todos los reiterados errores de este último tiempo tienen otra dimensión. Ya no hablemos del pasado y la gravedad del caso de la renuncia de un vicepresidente de la república por corrupción, de Bengoa, del PLUNA gate, de ANCAP, de Placeres, Calloia o Lorenzo, entre tantos otros casos.

Hablemos del presente y de aquellas situaciones que no necesariamente pueden significar casos de corrupción pero que si van a contramano del histórico discurso sobre moralidad y ética que se pretendía vender.

Algo no está nada bien cuando un presidente de la República tiene que salir a explicar públicamente la compra de una camioneta adquirida por US\$ 54.000, unos US\$ 25.000 por debajo del valor de mercado y buscar explicar además el destino de otro vehículo que había sido donado para su campaña pero que al no salir sorteado se lo quedó él. Donde cada intento por aclarar oscurecía aún más la situación y que termina con aquella muy triste y desgraciada frase de «cuando hay un descuento yo me tiro de cabeza».

Cuando hay que explicar demasiado aquello que debería ser desde un principio claro y transparente y no lo es, la confianza empieza a pagar el precio.

Lo mismo ocurrió con la entonces ministra de Vivienda Cecilia Cairo, cuya salida del gabinete se dio apenas a los 41 días después de asumir y luego de que trascendiera que no había pago el impuesto de Primaria ni la contribución inmobiliaria, en construcciones irregulares no declaradas.

Podríamos seguir con ejemplos de este tipo, pero ya todos los conocemos.

No se trata de convertir cada error en un escándalo. Solo se trata de reflexionar juntos y preguntarnos: ¿Qué queda de aquella autoridad moral que durante años predicó el Frente Amplio mostrándola como uno de sus principales capitales?... la verdad, queda muy poco.

Pero hay otro problema que padece el gobierno.

La pérdida de autoridad moral se combina con la ineficacia absoluta al momento de tener que mostrar gestión.

Un gobierno que improvisa, una y otra vez. En temas en los que nos va la vida como la seguridad pública. Que va sin rumbo y sin buques insignias que lo distinguan.

¿Dónde están aquellos grandes proyectos capaces de entusiasmar, de movilizar y de dar identidad al gobierno?

¿Dónde están las grandes ideas fuerza?

¿Como cambian los tiempos!

De aquella frase de Tabaré Vázquez donde afirmaba que un gobierno del Frente Amplio hará temblar hasta las raíces de los árboles, a la desdibujada y timorata frase de la revolución de las cosas simples.

El propio Frente Amplio en un reciente documento político reconoce esas grandes dificultades de las izquierdas para poder concretar esas grandes transformaciones capaces de mejorar la calidad de vida.

Esa dificultad para impulsar las grandes realizaciones que el país está necesitando, parece haberlo llevado a sacar de la galera la idea de «La revolución de las cosas simples»

Frase simpática si las hay, cercana, novedosa, pero también símbolo de debilidad. Que desenmascara y termina reconociendo de alguna manera la impotencia para atacar lo importante.

El termino revolución supone transformar y acá no se viene transformando nada. La revolución de las cosas simples termina siendo la revolución de la nada misma. Un gobierno debe ser mucho más que administrar cosas simples. Se gobierna imaginando el futuro. Transformaciones que no pueden esperar.

Mientras falla esa visión, los grandes temas esperan solución.

Como vemos, la pérdida de autoridad moral se mezcla con grandes dificultades de gestión.

Ello se une a la ausencia de las banderas que siempre reivindicaron.

Las ausencias de esas banderas generan un gran vacío. Y cuando desaparece la épica queda la burocracia. Cuando desaparece la autoridad moral queda la frustración. Cuando desaparece la esperanza crece el desencanto

Hoy este Frente Amplio no puede mirar la gente a los ojos, sobre todo a sus votantes. Que no pueden creer como los engañaron.

**Eduardo FAZZIO**

Dr. En Medicina y Técnico Veterinario. Licenciado en Negocios Internacionales e Integración. Docente Universitario. Fue Edil por Montevideo

Ayer me vino a la memoria cuando de niño nos llevaron con un primo a un velorio en la zona rural de Cerrillos, allá por el camino Veracuerdo. Llegamos en la caja de una vieja camioneta Studebaker verde, con mi tío Julio. Medio asustados. No recuerdo exactamente quién había fallecido, sí que los allegados se acomodaban en sillas alrededor de la casa, conversando entre ellos con circunspección y voces atenuadas. Pero sí evoco una frase que los mayores repetían y oí por primera vez: «No somos nada». Ayer, reflexionando sobre las consecuencias de las contradicciones que atraviesan al actual partido de gobierno, por alguna intrincada asociación me volvió aquel recuerdo de infancia y aquella sentencia: «no somos nada».



CRISIS DE ORIENTACIÓN FRENTISTA ¿Qué significa ser frenteamplista a mediados del 2026?

El Frente sostiene una fortaleza identitaria singular: historia y épica cultivadas y recientes, mística militante y una organización que sobrevivió a cuatro generaciones. Pero una identidad fuerte no garantiza una definición política igualmente clara.

El mayoritario MPP conserva su genealogía tupamara, pero hace tiempo dejó de ser una organización revolucionaria. Es hoy una fuerza pragmática, obligada a administrar el Estado, las restricciones, la inversión y que cada día sostiene un vínculo más amistoso con la economía de mercado. El Partido Comunista si bien mantiene una definición marxista, su gravitación efectiva aparece hoy más vinculada al movimiento sindical y más dependiente de una lógica corporativa que a un proyecto marxista de transformación social. Se llama comunista en los papeles, pero buena parte de su métier político pasa por otro lado.

Junto a ellos conviven socialistas, sobreviven socialdemócratas y sectores moderados que aceptan, con mayor o menor reticencia, el mercado y las reglas de la democracia liberal. No son poco importantes: funcionan como un contrapeso algo inorgánico que ayuda a compatibilizar al Frente con las limitaciones de un gobierno que no las tiene todas consigo. Todos se declaran frenteamplistas. Lo difícil es desentrañar qué significa hoy, ideológica y programáticamente, aquello que todos dicen ser.

Claro que diversidad no es nueva. El Frente ya era profundamente heterogéneo en 1971. Por aquel entonces esa diversidad desembocaba en un proyecto reconocible: reforma agraria, nacionalización de la banca y hasta del comercio exterior, fuerte intervención estatal. Se podía estar radicalmente en contra o a favor, pero no había demasiadas dudas de por dónde iban los tiros.

Hoy ocurre algo diferente. Los documentos doctrinarios nos siguen hablando de izquierda, transformaciones productivas y críticas al neoliberalismo. No obstante, en la oferta programática asoman la apertura económica, la inversión extranjera, la productividad y la eficiencia estatal. Cuando se pasa al momento de gobernar aparecen la demanda de ajustes presupuestarios, las impostergables necesidades de crecimiento, la inversión privada; el pragmatismo inevitable de administrar un país real. Un baño de realidad indismulable.

El desencuadre aparece cuando la distancia entre estas capas empieza a dificultar una respuesta sencilla a la pregunta inicial, y a filtrar el desencanto y la insatisfacción popular. En 1971 las diferencias desembocaban en una dirección pactada y explícita. Durante los anteriores gobiernos frentistas en la autoridad recaía en última instancia en sus líderes. Hoy, enfrentados a una feudalización interna, desembocan cada vez más en una y otra negociación. Y esa negociación no ocurre solamente antes de gobernar. Se instala como un estribillo dentro del gobierno, de sus ministros y tendencias.

El MPP intenta administrar pragmáticamente sin perder su identidad histórica. El Partido Comunista y los sectores sindicales reaccionan sincronizadamente desde otra lógica. Los moderados, instalados en el Ministerio de Economía, pero sin peso político propio, procuran mantener las decisiones dentro de márgenes económicos y políticos posibles. Cada uno necesita del otro para conservar la mayoría, pero cada avance de uno puede convertirse en una dificultad para los demás.

Ahí emerge un problema que va más allá de la mera diversidad: la indefinición por negociaciones y trabas internas empieza a ser al mismo tiempo causa y consecuencia de las dificultades y morosidad del gobierno. Cuanto más se negocia, más difícil resulta producir una dirección reconocible. Y cuanto menos reconocible es esa dirección, mayor puede ser la insatisfacción de quienes esperaban del gobierno cosas distintas y concretas.

El votante de izquierda que esperaba las profundas transformaciones puede encontrar demasiado pragmatismo y superficialidad. El moderado que esperaba gestión puede encontrar demasiadas pujas, concesiones y parálisis. El mundo sindical puede sentir insuficiente la respuesta a sus demandas.

En tanto, quienes no votaron al Frente observan un gobierno cuya energía parece consumirse como una velita en la madrugada, administrando sus propias contradicciones. Cada sector se decepciona por una razón distinta, y esa dispersión del descontento, los enojos inocultables, son en sí mismos los síntomas de la falta de una dirección definida.

El desgaste de la gestión ya alcanza a una parte considerable y diversa del propio electorado frenteamplista, tanto a radicales como a moderados. Sería simplista atribuirlo enteramente a esta contradicción, que a veces no es de ideas sino fundamentalmente de intereses, pero también sería ingenuo pensar que las dificultades para definir una orientación común no tienen consecuencias adversas sobre la capacidad de gobernar.

Se forma así un círculo pernicioso: la heterogeneidad obliga a preservar una síntesis amplia que albergue a todas las fracciones; esa amplitud dificulta definir una dirección; la dificultad

El tiempo de volver a ser ¿No somos nada?

de dirección enlentece o trunca al gobierno; el trancazo genera insatisfacción; y esa insatisfacción fortalece las demandas de los distintos sectores que vuelven a tensionar la síntesis. Por tratar de dejar contentos a todos, no se satisface a nadie, ni en el círculo de militantes ni en la masa de adherentes.

La unidad mítica, la que le permitió llegar al poder en cuatro ocasiones, puede así terminar desnaturalizada en una versión complaciente, convirtiéndose, en determinadas circunstancias, en una restricción para gobernar.

LA CAMISETA DE LA UNIDAD Y EL REAL DE SAN CARLOS La camiseta común de la unidad permanece en última instancia, aunque haya severas contradicciones de vestuario entre los jugadores. La pertenencia a un equipo con intereses sectoriales y visiones contradictorias comienza a explicar más que el contenido de las proclamas.

El Frente tiene una identidad electoral y afectiva formidable. Probablemente esa sea una de sus mayores fortalezas. Pero también se obliga a permitir que concepciones políticas diferentes sigan conviviendo sin resolver hasta el final sus contradicciones, porque hacerlo podría poner en riesgo aquello que las mantiene juntas. «Somos distintos, pero no podríamos sobrevivir separados», podría resumir una contradicción que obliga a preservar la unidad aun cuando esa misma unidad complique la definición del rumbo.

Que las prioridades electorales de 2024 se presentaran en el Real de San Carlos ofrece una metáfora involuntaria. La anacrónica plaza de toros es una arquitectura monumental a la que el tiempo le fue asignando funciones diferentes de aquellas para las que originalmente fue concebida. Algo parecido puede cuestionarse sobre una identidad política: ¿hasta qué punto se puede cambiar lo que ocurre adentro mientras la fachada remozada oculta el vacío o los desentendimientos internos?

«No somos nada» sería, naturalmente, una caricatura si significara que el Frente carece de historia, ideas o programa. Innegablemente tiene mucho de todo eso. La paradoja es otra: es muchas cosas distintas a la vez, que necesitan continuar llamándose una sola cosa y cuya necesidad de seguir juntas entorpece y dificulta las decisiones sobre qué hacer.

¿Y POR LAS CASAS CÓMO ANDAMOS? Sería demasiado cómodo terminar ahí. Aunque a todos los uruguayos nos afecta el trancazo y la impericia de quienes nos gobiernan.

Quienes observamos estas contradicciones frentistas desde el Partido Colorado tenemos una cuenta pendiente anterior: no dejar de preguntarnos qué somos nosotros.

Nuestra historia tampoco es lineal. La Lista 15 con sus tendencias, de donde muchos venimos, particularmente con Jorge Batlle incorporó una crítica al dirigismo y una mayor valoración del mercado; el pachequismo heredero del triunfo electoral del General Gestido, por otro camino, una sensibilidad más conservadora. Después de la dictadura volvieron a convivir esas sensibilidades liberales con otras social-liberales, republicanas y reformistas —una discusión que nunca quedó completamente resuelta.

No estamos, sin embargo, ante el mismo problema que el Frente. Mientras allí la identidad sobrevive a fuerza de absorber una heterogeneidad creciente, en el Colorado existía una tradición diferenciadora que simplemente dejó de expresarse con claridad. No hace falta preservar una síntesis para mantenernos juntos: hace falta discutirla para volver a reconocernos. Y el Partido Colorado no tiene derecho a reclamar esa representación amplia, meramente porque alguna vez haya formado parte de su historia. Tiene que volver a ganársela, ensanchando su alcance y cuestionándose no solo las formas, sino también las orientaciones y los mecanismos de funcionamiento.

Ahí aparece el sentido de defender las elecciones internas en cualquier escenario: no como un procedimiento para elegir candidatos, sino como el procedimiento que permita decidir qué partido se quiere conducir; y que quién lo conduzca sea el resultado y la consecuencia visible. Renunciar de antemano a una identidad diferenciada, fruto de un sistema democrático abierto, sería resolver esa discusión antes de darla. También significaría continuar arinconados en el mero antifrentismo y condicionados por el estilo opositor de un Partido Nacional con una tradición política notoriamente más conservadora.

El Frente necesita preservar la síntesis para preservar su unidad. El Partido Colorado necesita discutir su síntesis para recuperar su identidad. Porque no podemos esperar que nos voten por lo que no somos.

EL TIEMPO DE LOS PUENTES Tal vez esté empezando un tiempo en que las identidades partidarias ya no coincidan tan naturalmente con lo que sus votantes piensan y sienten.

Un frenteamplista puede advertir que ciertas formas de corporativismo, determinadas concepciones del Estado o algunas respuestas económicas ya no lo representan. A su vez, un colorado puede no sentirse plenamente expresado por una orientación predominantemente liberal-conservadora.

Los realineamientos, individuo a individuo, empiezan antes de que cambien los votos: comienzan cuando alguien se pregunta si el lugar donde está sigue correspondiéndose con lo que cree.

Pero ese proceso no ocurre solo. Los tiempos culturales no amanecen con la regularidad del sol; a veces hay que construirlos o reorientarlos, parafraseando a Luis Batlle.

El desafío del Partido Colorado consiste en discutir una propuesta democrática, participativa y orgánica, a la cual alguien pueda querer llegar, no en esperar que algunos votantes abandonen al Frente por su desgaste —eso sería delegar en ellos una tarea nuestra.

La política va a necesitar ofrecer rumbos claros y anticipados, con objetivos de gobierno reconocibles. Para construir acuerdos entre diferentes visiones, primero tienen que existir diferencias reconocibles entre y dentro de los partidos, más allá de las personas y de la asfixia digital del coacheo y el marketing. Para tender puentes interiores y con los ciudadanos tienen que existir orillas reales y visibles.

Tal vez aquella expresión que escuché de niño en Cerrillos sirva entonces como provocación para todos. «No somos nada» deja de ser una reflexión frente a la muerte para convertirse en una pregunta política. O, quizás, en una incitación a la rebeldía: hacer que lo que creemos ser vuelva a coincidir con lo que pensamos, proponemos y hacemos.

Volver a ser no significa volver atrás. Significa recuperar esa correspondencia y una identidad que invite a participar de una democracia madura.

Después de tanto «no somos nada», tal vez haya llegado el tiempo de volver a ser.

Innovar en libertad

Hay actividades que, por su contenido y por la calidad de quienes participan, trascienden largamente el hecho puntual para convertirse en una invitación a pensar el país. Eso ocurrió en la Sala Acuña de Figueroa del anexo del Palacio Legislativo, donde el senador Robert Silva convocó a destacados referentes del ecosistema uruguayo de ciencia, tecnología e innovación. La extraordinaria concurrencia y el nivel magistral de las exposiciones confirmaron algo que Uruguay necesita asumir con mayor convicción. Buena parte de nuestro futuro económico y social se juega en la capacidad de producir conocimiento, transformarlo en innovación y convertir esa innovación en valor. Que el Parlamento abra sus puertas a quienes investigan, emprenden, desarrollan y crean es, por sí mismo, una señal saludable. La política no puede mirar la revolución tecnológica desde la tribuna; tiene que comprenderla, acompañarla y ayudar a construir las condiciones para que despliegue todo su potencial.

Uruguay, además, no parte de cero. Hace años construye activos que hoy lo distinguen en la región, entre ellos institucionalidad, conectividad, talento, capacidades digitales, empresas que compiten globalmente y políticas públicas que han colocado a la innovación en la agenda nacional. La Cámara Uruguaya de Tecnologías de la Información reúne actualmente a más de 400 empresas que venden productos y servicios en 52 mercados de los cinco continentes, generan cerca de 19.800 empleos y representan aproximadamente el 4% del producto. A ello se suma una posición regional destacada en inteligencia artificial. Los índices latinoamericanos más recientes mantienen a Uruguay entre los países líderes del continente. No estamos, por tanto, ante una promesa abstracta. Estamos frente a una industria real, exportadora y sofisticada, sobre la cual

oportunidad que abre la inteligencia artificial obliga ahora a subir la apuesta. Para Uruguay, cuyo mercado interno es pequeño, la capacidad de crear productos

Guzmán A. IFRAN

Contador Público. Fue diputado por Montevideo y Coordinador de la Opp



CIENCIA, TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN

ENTRE LA INERCIA Y LA ESTRATEGIA

20 DE AGOSTO

ANEXO PALACIO LEGISLATIVO
SALA ACUÑA DE FIGUEROA

18:30 HORAS

EXPONEN:



MARTÍN GUERRA
EMPRESARIO
FINTECH



CAMILA ZEDILLOS
POLÍTLOGA



AMILCAR PEREA
PRESIDENTE
DE LA CUTI



FIGORELLA HAIM
PRESIDENTA
DEL CEIBAL



MARTÍN ALCALÁ
EMPRESARIO
TECNOLÓGICO



MODERA:

SENADOR ROBERT SILVA

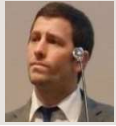


podemos construir una nueva plataforma de desarrollo, especialmente ahora que la inteligencia artificial multiplica las posibilidades de crear soluciones escalables y exportables desde un país pequeño hacia el mundo. Por eso instancias como la impulsada por Silva son tan valiosas. El desafío no consiste simplemente en incorporar tecnología, sino en pensar estratégicamente qué Uruguay queremos construir con ella. Ciencia, empresas, academia, educación, inversión y Estado tienen que dialogar mucho más entre sí. Necesitamos formar talento, retener investigadores, atraer inversión, facilitar el nacimiento y crecimiento de emprendimientos intensivos en conocimiento y asumir que el desarrollo tecnológico no es un capítulo lateral de la política económica, sino que puede convertirse en uno de sus grandes motores. En esa dirección ya existen antecedentes importantes, desde Ceibal y la transformación digital del Estado hasta la ANII y el Uruguay Innovation Hub. La

intelectuales y tecnológicos que puedan escalar globalmente constituye una ventaja extraordinaria.

Pero existe una segunda discusión, tan importante como la primera. La tecnología es una herramienta formidable; no es un fin moral en sí mismo. Los desarrolladores, comprensiblemente, suelen pensar en términos de eficiencia, velocidad, costos, alcance y resultados. La política democrática tiene una responsabilidad adicional y debe preguntarse por los límites. Qué ocurre con nuestros datos, quién los utiliza, con qué propósito, durante cuánto tiempo y bajo qué controles; qué decisiones pueden delegarse a un algoritmo; cómo evitamos discriminaciones, vigilancias indebidas o concentraciones de poder incompatibles con una sociedad libre. Uruguay ya ha incorporado esta preocupación a su marco institucional. La estrategia nacional de datos e inteligencia artificial debe respetar la dignidad humana, la protección de los datos personales, la transparencia, la rendición de cuentas, el sistema democrático y la forma republicana de gobierno. No es una traba al progreso. Es la manera uruguaya de progresar.

Los regímenes autoritarios pueden parecer, a veces, más rápidos. Allí donde no hay que pedir consentimiento, proteger privacidad, rendir cuentas ni someter decisiones al escrutinio ciudadano, ciertos procesos inevitablemente avanzan con menos fricción. Pero esa supuesta eficiencia tiene un precio que Uruguay no debe estar dispuesto a pagar. Nosotros no somos una dictadura y, por suerte, queremos seguir sin serlo. Desde nuestra perspectiva batllista, el desarrollo nunca puede medirse únicamente por cuánto produce una economía o por cuán sofisticada es su tecnología, sino también por cuánto ensancha la libertad y las oportunidades de las personas. El gran desafío consiste entonces en encontrar ese equilibrio, impulsando sin miedo la ciencia, la innovación y la inteligencia artificial, respaldando a una industria pujante que puede proyectar al Uruguay hacia el mundo y, al mismo tiempo, custodiando celosamente la República y las garantías individuales. Innovar, sí. Crecer, también. Pero hacerlo en libertad. Ese puede y debe ser uno de los grandes compromisos del Uruguay del futuro.



Pablo CAFFARELLI
Abogado, Escribano. Escritor

Hay algo fascinante en la política uruguaya de estos días. Mientras uno todavía intenta entender qué está haciendo el gobierno con el presente, el Frente Amplio parece haber encontrado una fórmula mucho más ambiciosa para administrar el futuro. Primero decide quién tiene derecho a hablar. Después descubre quién tiene derecho a cobrar. Y finalmente anuncia quién tiene derecho a ganar las próximas elecciones. Todo bastante antes de que los ciudadanos hayan sido consultados, que es, en definitiva, el pequeño detalle que suele complicar los planes políticos.

El episodio Almagro-Mujica es particularmente revelador. Luis Almagro contó que José Mujica le había manifestado en privado una visión muy crítica sobre la situación venezolana, incluso admitiendo el carácter dictatorial del régimen, mientras que hacia afuera mantenía una posición mucho más cuidadosa para no incomodar a la tribuna frenteamplista. Almagro puede tener razón o puede estar equivocado. Puede recordar exactamente lo ocurrido o puede estar interpretándolo desde una relación que terminó de la peor manera. En

Manual de instrucciones para gobernar del FA

intervención, pero cuando algún compañero piensa en irse a vivir, generalmente, no eligen esos destinos.

Después llegó la Rendición de Cuentas y apareció otro episodio que parece escrito por un guionista con demasiado tiempo libre. Un artículo de la ley presupuestal buscaba resolver una situación salarial vinculada a Fabiana Goyeneche, funcionaria que se encuentra en comisión desde el Ministerio de Economía hacia Cancillería. La cuestión era una partida que percibía en su organismo de origen y que, según los informes jurídicos de la propia Cancillería, no correspondía trasladar en esas condiciones. Entonces apareció la solución: si el derecho dice que no, hagamos una ley.

El problema fue que alguien lo vio. Y cuando algo así sale de la oscuridad administrativa y entra en la luz pública, ocurre el milagro republicano. Los 99 diputados presentes votaron en contra. Todos. Oficialismo y oposición. Noventa y nueve votos negativos. Una unanimidad tan contundente que hasta el artículo debe haber pedido disculpas por haber nacido. El gobierno lo mandó, el Parlamento lo rechazó y ahora todos pueden decir que nunca estuvieron de acuerdo.

Y mientras todo esto sucede, Alejandro «Pacha» Sánchez ya está mirando bastante más lejos. El secretario de la Presidencia anunció que, si Luis Lacalle Pou vuelve a ser candidato, el Frente Amplio le va a ganar. Faltan años para la

PLAN POLÍTICO DEL FRENTES AMPLIO (2025-2026)

El Frente Amplio de cara a un
nuevo ciclo de transformaciones



democracia, justamente, esas cosas se discuten. Lo verdaderamente curioso fue la respuesta de Fernando Pereira, que decidió no discutir solamente lo que Almagro dijo, sino discutir si Almagro tenía derecho a decirlo.

Y ahí apareció una categoría nueva dentro de la libertad de expresión: la habilitación partidaria. Pereira sostuvo que Almagro no estaba habilitado para hablar de Mujica. Es una afirmación extraordinaria. Hasta ahora, para hablar de un expresidente bastaba con conocerlo, haber trabajado con él, haber sido amigo, enemigo, compañero, adversario o simplemente ciudadano. Ahora parece que hace falta una credencial emitida por la autoridad correspondiente. Uno imagina el trámite. «Buenos días, vengo a opinar sobre Pepe». «¿Tiene autorización?». «No». «Entonces vuelva cuando la tenga».

Lo más divertido es que, para demostrar que Almagro no podía hablar de Mujica, el Frente Amplio terminó hablando de Mujica durante varios días. Y para refutar a Almagro difundió una carta de Mujica de 2015 en la que el propio Mujica lo cuestionaba duramente por su posición sobre Venezuela. Es decir que el argumento terminó funcionando al revés. Almagro dijo que había una cosa que Mujica pensaba en privado y otra que decía públicamente. El Frente Amplio respondió mostrando un documento en el que Mujica decía públicamente exactamente lo que Almagro decía que hacía para «la barra».

El resultado es una discusión bastante más interesante que la prevista. La izquierda uruguaya siempre tuvo una enorme sensibilidad frente a los autoritarismos ajenos. Lo curioso es que esa sensibilidad parece funcionar mejor cuando el autoritarismo está suficientemente lejos. Venezuela, Cuba o Nicaragua pueden ser objeto de interminables debates sobre soberanía, imperialismo y no

próxima elección, pero la campaña ya empezó. En Uruguay podemos tener dificultades para resolver los problemas del presente, pero jamás hemos tenido dificultades para organizar anticipadamente la campaña del futuro.

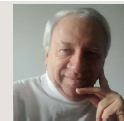
Lacalle Pou volvió a ocupar el centro de la escena política con su discurso por los 190 años del Partido Nacional. Habló de política, de futuro, de construir y, sobre todo, de no convertir la discusión pública en una guerra permanente contra el adversario. Del otro lado apareció la respuesta habitual: Lacalle, Lacalle, Lacalle. Es una estrategia electoral sencilla. Cuando no se sabe exactamente cómo explicar lo propio, siempre ayuda mucho explicar por qué el otro es peor. El problema es que la política tiene una pequeña dificultad llamada realidad. Las encuestas pueden subir, bajar o detenerse. Los gobiernos pueden mejorar, empeorar o simplemente desgastarse. Y los ciudadanos tienen la pésima costumbre de recordar lo que les pasa en la vida cotidiana mucho más que los discursos pronunciados desde un escenario.

Por eso hay algo profundamente prematuro en esta nueva épica electoral. Un gobierno que todavía está construyendo su propia identidad ya tiene decidido contra quién competir y quién va a perder. Mientras tanto, entre la discusión sobre quién puede hablar de Mujica, el artículo que nadie quiso votar y el candidato que ya anunció una victoria dentro de tres años, queda flotando una pregunta bastante más modesta.

¿Y si, antes de decidir quién puede hablar, quién puede cobrar y quién va a ganar, empezamos por gobernar?

¡No olvidéis la moneda para el Caronte!

Lorenzo AGUIRRE
Periodista. Escritor. Asesor Cultural,
Músico. Director de Orquesta



El candidato de ultraizquierda, Abdul El – Sayed – hijo de inmigrantes egipcios -, quien hiciera campaña contra las organizaciones proisraelíes, y pretende abolir el Servicio de Inmigración, ganó por estrecho margen las «Primarias» de Michigan - consolidando el ala progresista - por el «Partido Demócrata», sobre Haley Stevens, en la lucha interna para las legislativas de medio mandato, las cuales se llevarán a cabo el próximo 3 de noviembre. El – Sayed, se enfrentará al republicano Mike Rogers, por un escaño en el Congreso, y de esa manera, si triunfa, los demócratas obtendrían mayoría en el Senado. La victoria de El – Sayed se une a las conquistas musulmanas en Nueva York, y Colorado, y en caso de ganar en los comicios de referencia, se convertiría en el primer senador musulmán en la historia de los Estados Unidos. Los resultados de dicha contienda marcarían de alguna manera, el equilibrio de poder en Washington para los últimos dos años de gobierno del presidente Donald Trump.

Los ciudadanos del Estado de Michigan quedaron perplejos ante el resultado electoral, y se preguntan con preocupación: «¿cómo, de la noche a la mañana, pueden invadirnos los musulmanes?»

En realidad, no ha sido «de la noche a la mañana»; fue un proceso a lo largo del tiempo, remontándose a «pequeños grandes» acontecimientos transformando la sociedad, su cultura, y educación...

¡Por favor, demos marcha atrás y enfrentemos el pasado!

DESDE LOS TIEMPOS EN HAMTRAMCK Detroit (Michigan), era el centro de la industria automotriz, cuya área metropolitana albergaba a 4 millones de habitantes – convirtiéndose, después de Chicago, en la ciudad más grande del Medio Oriente estadounidense -, y con un importante puerto conectado a los Grandes Lagos en la vía marítima de San Lorenzo.

Con fábricas como, «Chevrolet», «General Motors», y «Ford», el Estado de Michigan tenía todavía más poderío a través de la empresa «Dogde», pero, en 1980, dicha corporación, que daba trabajo a más de 40.000 personas y diera vida a la pequeña ciudad de 3km cuadrados, llamada Hamtramck, cerró sus puertas.

Cuando «Dogde» se derrumbó, Hamtramck también colapsó, y sus habitantes casi todos polacos, se marcharon.

El 85% de casas quedaron vacías, entonces empezó a llegar gente de Yemen, a las cuales se sumaron de Bosnia, y arribaron trayendo sus cosas ... ¡incluso, obviamente, su religión!, hecho que llevara a la instalación de mezquitas.

Así, de 90% de polacos, ahora solo el 1% se encuentra allí, y desde comienzos del actual siglo, a las seis de la mañana, y a lo largo de cinco veces por día, se llama a la oración en idioma árabe.

Hace apenas 10 años, Hamtramck había elegido consejero político a un yemení estadounidense, Sad al – Masmari, e inmediatamente, un consejero musulmán, Amer Ghalib, es electo con el 67% de votos, como alcalde, poniendo fin, de esa manera, a 100 años de historia con gobiernos polacos.

La ultraizquierda, activistas, y comunidad «LGBTQ», impulsaron la corriente política musulmana, y respaldaron el «Nuevo Consejo» que, con su «Reglamentación Moral», desde la «Alcaldía» prohibió toda bandera religiosa, étnica, política, y de orientación sexual, expresando en forma paralela que, a partir de dicha resolución, la «Nueva Ordenanza» establece la necesidad de «cerrar la ciudad, a cualquier grupo extremista contrario a la moral musulmana».

El año pasado, en Washington, durante la inauguración de la Avenida Palestina, el ex alcalde de Hamtramck, el demócrata – musulmán Amer Ghalib - antes de dejar su cargo prohibió la famosa y colorida bandera «LGBTQ», provocando que dicha comunidad manifestara haber sido traicionada, y ahora no quieren saber nada del islamismo, corriente a la cual, con fanatismo y tontería, defendieron -, apoyó al presidente Donald Trump, mandatario que, más tarde, lo designara Embajador de los Estados Unidos ante el mundo árabe, con residencia en Kuwait.

Pero, en octubre, el «Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos» denunció a Amer Ghalib, por sus publicaciones antisemitas, sostener el boicot a Israel, y su «reverencia al mártir Saddam Husein», musulmán suní, militar y presidente de Irak desde 1979 hasta su derrocamiento en 2003. Husein, miembro del «Partido Baaz», de ideología nacionalismo árabe, antiimperialismo,

posición ultraizquierda, represor y dictador a lo largo de dos décadas, se llevó al sepulcro una factura por 100 mil kurdos asesinados, 70 mil chiíes recluidos indefinidamente y que siguen desaparecidos, y cerca de 50 mil fusilados.

Sadam Husein, fue detenido, enjuiciado por el «Tribunal Iraquí», y condenado a la horca por cargos de crímenes contra la humanidad.

Volviendo a Amer Ghalib; durante las audiencias del «Comité de Relaciones Exteriores del Senado», por la nominación de Amer Ghalib como Embajador en Kuwait, llegaron críticas profundas, las cuales estancaron la designación. Actualmente, Ghalib, se desempeña como Asesor en «AmericCorps», una agencia independiente, con programas de trabajos voluntarios.

ADAM ALHARBI Adam Alharbi, musulmán, estadounidense de origen yemení, actual alcalde de Hamtramck, perteneciente al ala más radical del «Partido Demócrata», hace campaña para poner fin a la ayuda a Israel, y cuenta con la colaboración del senador por el estado de Vermont, el socialista, progresista, Bernie Sanders.



La ultraizquierda, pro-palestinos, y comunidades «LGTBQ», consideraban que, el cambio de poder y la diversidad, era una reprimenda simbólica significativa a la retórica islamófoba - tema central de la campaña de Donald Trump -, pero, ahora, la mencionada congregación está con miedo, porque, un Consejo Municipal, integrado por musulmanes y ultraconservadores, ha colgado carteles con la leyenda, «Ciudad sin maricas».

Obviamente, la población de Hamtramck, está sintiendo culpa al considerar que ha cometido un fatal error electoral, pero, bueno, «los yanquis» – término usado despectivamente por la ultraizquierda -, así lo han querido. Está claro que, quienes pedían tolerancia y ser invitados a la mesa, se transformaron en intransigentes, y deciden quienes tendrán, su «última cena».

La respuesta de la Alcaldía, y de Amer Ghalib, marcó definitivamente una postura radical: «¡parece que, la gente, no quiere aceptar el hecho que han perdido!». A propósito, cuando a Ghalib, y Alharbi, les toque el «viaje», y vayan al embarcadero ... ¡no olvidéis la moneda para el Caronte!



Fitzgerald CANTERO PIALI
Experto en Geopolítica

Hay acontecimientos que ocupan las portadas y otros que, aunque parecen reservados a especialistas, ayudan a explicar hacia dónde se mueve el poder mundial. La refinanciación de la deuda de Estados Unidos pertenece a esta segunda categoría.

A inicios de este mes, el Tesoro estadounidense anunció la emisión de 125.000 millones de dólares en títulos a tres, diez y treinta años. De ese monto, unos 96.300 millones se destinaron a sustituir deuda que vencía y el resto permitió obtener nuevo financiamiento. El organismo proyecta, además, un endeudamiento neto de 739.000 millones de dólares en el trimestre julio-setiembre y de otros 628.000 millones entre octubre y diciembre.

Nada de esto significa que Estados Unidos esté ante una cesación de pagos o que no encuentre compradores. Tampoco anuncia el derrumbe del dólar. La economía estadounidense conserva dos ventajas extraordinarias: emite la principal moneda de reserva internacional y cuenta con el mercado de deuda soberana más profundo, líquido y seguro del mundo.

Pero una ventaja no equivale a inmunidad.

Durante muchos años, Estados Unidos pudo endeudarse a tasas excepcionalmente bajas. Hoy, cuando una parte de aquella deuda vence, debe renovarla a un costo mayor. A comienzos de agosto, el rendimiento de los títulos del Tesoro a diez años rondaba el 4,6 %. La pregunta relevante no es, por tanto, si habrá compradores, sino a qué tasa estarán dispuestos los inversores - estadounidenses y extranjeros - a seguir financiando al Gobierno Federal.

El efecto se acumula silenciosamente. La Oficina de Presupuesto del Congreso estima que el pago neto de intereses superará el billón de dólares en 2026, equivalente al 3,3 % del producto estadounidense. Si la trayectoria fiscal no cambia, ese gasto podría superar los dos billones anuales dentro de una década. Cada dólar destinado a intereses es un dólar que no queda disponible para defensa, infraestructura, innovación, política industrial, transición energética o presencia internacional.

Allí la cuestión financiera se transforma en geopolítica.

Los datos publicados la semana pasada por el propio Tesoro permiten observar quiénes están financiando esa deuda. Japón continúa siendo el principal tenedor extranjero, con aproximadamente 1,1 billones de dólares. Le siguen el Reino Unido y China, cuyas tenencias descendieron a unos 633.000 millones. Un año antes superaban los 731.000 millones y, en la década pasada, llegaron a ubicarse por encima de 1,2 billones.

La reducción china admite una lectura estratégica: es consistente con la búsqueda de una mayor diversificación de reservas y disminuye gradualmente la exposición a un activo emitido por su principal competidor. Sin embargo, conviene no confundir esa tendencia con un abandono generalizado de la deuda estadounidense. Mientras China redujo sus tenencias, el total en manos extranjeras aumentó durante el último año y alcanzó unos 9,3 billones de dólares. El repliegue de un gran acreedor está siendo compensado por otros inversores. También llama la atención la presencia de centros financieros como las Islas Caimán, Luxemburgo o Irlanda. No significa necesariamente que sus gobiernos sean grandes prestamistas de Washington. Las estadísticas registran, en buena medida, el lugar de residencia jurídica o de custodia de fondos, bancos y vehículos de inversión. Por eso, detrás de una tenencia atribuida a Caimán puede haber capital perteneciente a inversores de muchas nacionalidades. El propio Tesoro advierte que esos datos no siempre permiten identificar al beneficiario final.

El verdadero desafío estadounidense aparece cuando se conectan las distintas piezas. Las tensiones en Medio Oriente y las dificultades para la navegación por el estrecho de Ormuz pueden elevar el precio del petróleo y del gas. Una energía más cara alimenta la inflación. Una inflación persistente dificulta que la Reserva Federal reduzca las tasas. Y tasas más altas encarecen tanto la refinanciación de la deuda pública como el crédito disponible para familias y empresas.

La cadena no termina en Washington. Los títulos del Tesoro funcionan como referencia para el precio del dinero en todo el mundo. Cuando aumenta la tasa considerada prácticamente libre de riesgo, tiende a subir también el costo de financiar a los países emergentes. A ese piso se agrega luego el riesgo propio de cada Estado, empresa o proyecto.

Para América Latina no es una discusión distante. Puede significar mayor costo para emitir deuda, menor disponibilidad de capital, postergación de inversiones y financiamiento más caro para carreteras, puertos, redes eléctricas, generación

El costo de financiar el poder

de energía o infraestructura digital. Incluso los países con instituciones sólidas y buena reputación financiera operan dentro de ese sistema global y no pueden aislarse completamente de sus movimientos.

No estamos ante el fin del dólar ni ante una crisis inmediata de la deuda estadounidense. Si estamos ante una tendencia que merece seguimiento.



Estados Unidos seguirá disponiendo de recursos formidables, pero deberá dedicar una porción creciente de ellos a sostener obligaciones acumuladas en el pasado.

La geopolítica no se construye únicamente en las fronteras, los conflictos o las cumbres internacionales. También se construye en los mercados financieros. Y el costo de financiar el poder puede terminar condicionando la capacidad de ejercerlo.

El problema del estado uruguayo

Jorge Nelson CHAGAS
Licenciado en Ciencias Políticas
Magister en Historia Política



Un célebre artículo publicado en Marcha en los años '40 – probablemente escrito por Carlos Quijano- advertía que la vida del ciudadano uruguayo desde que se levantaba en la mañana hasta que se acostaba en la noche estaba regida por la presencia del Estado. Le suministraba luz y teléfono (UTE), agua (OSE), transporte (AMDET y AFE), alimentos (Subsistencias)... Este mismo artículo podía haber sido escrito en el año 1985, cuando la economía ya se había liberalizado pero el Estado continuaba presente en la vida cotidiana de los uruguayos.

Contrariamente a lo que se supone el debate sobre el Estado no es nuevo en el Uruguay. En los años '30, cuando la creación de ANCAP y UTE, los actores políticos polemizaron largamente sobre la conveniencia o no de ampliar sus funciones. En los años de prosperidad económica, salvo excepciones, el tema del Estado no estuvo presente. Pero hacia mediados de los '50 volvió al tapete. Entre 1955-1958 El Día publicó una serie de artículos donde expresó la necesidad de terminar con el «papeleo» y el «expedienteo» (sic), lo que revela la



desaprobación del batllismo catorcista con la gestión estatal. Es más: hay indicios históricos de que Lorenzo Batlle Pacheco estaba desconforme con el funcionamiento de las empresas públicas y estaba pensando en realizar cambios. Todo indica que tales cambios tenían que ver con la incorporación de técnicos en sus direcciones, en desmedro de los políticos.

Tema aparte merece la gestión de Nilo Berchesi como ministro de Hacienda de Luis Batlle (durante los años 1949-1950) que intentó con variado éxito una racionalización del Estado. En realidad, hubo en esos años una multiplicación y difusión de informes de expertos internacionales que diagnosticaron las dificultades de la Administración Pública uruguaya: en 1952, James Garvey sobre contrataciones del Estado; en 1954, Elwyn Mauk sobre capacitación de funcionarios públicos y John Hall sobre la reorganización administrativa del Ministerio de Salud Pública; y en 1955, Justo Orozco y John Hall acerca de las funciones de la Secretaría del Consejo Nacional de Gobierno. También es de relevancia el curso sobre Administración Pública dictado por el experto Wilburg Jiménez Castro en agosto de 1955 y el Seminario sobre Capacitación y Administración del Personal Público, realizado en octubre de 1955 por las Naciones Unidas; que diera posteriormente lugar a la creación de la Comisión Asesora sobre Administración Pública (CASAP).

El Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social (1965-1974) de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE) fue un ambicioso proyecto de planificación estructural para Uruguay, impulsado a mediados de los 60 para

superar el estancamiento económico. En uno de sus capítulos plantea la modernización del Estado.

Y en 1969, durante el gobierno de Pacheco Areco, se presentó el informe de Oscar Ozlak - un erudito en el campo del pensamiento sobre el Estado y la administración pública – sobre el mismo tema.

También existen indicios históricos que Pacheco consideraba que la estructura del Estado era lenta y pesada, y se lamentaba de no haber logrado una mayor eficiencia en sus políticas públicas.

O sea que la clase política no miró para el otro lado en cuanto a encarar el problema del Estado. Los mismos militares cuando pasaron a conducir el Estado buscaron darle - con una lógica autoritaria - mayor efectividad.

Entonces, ¿por qué, aún hoy, el tema del Estado sigue en la agenda política? **TIEMPO DE CAMBIOS** Adolfo Garcé ha sostenido – y creo que con mucho acierto- que la modernización del Estado uruguayo no ha avanzado más de prisa porque existe un bloqueo originado por el choque entre las reformas impulsadas por los técnicos y las necesidades de los partidos políticos de atender a sus clientelas electorales.

Un ejemplo histórico concreto es la gestión del contador Nilo Berchesi (integrante de la primera generación de egresados de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración) durante el primer gobierno de Luis Batlle entre los años 1949 -1950. A lo largo de su breve actuación hizo un vigoroso intento por racionalizar la Administración Pública y el sistema presupuestario. Incluso concibió un sistema de planificación amplio y complejo, que no llegó a concretarse por las resistencias políticas dentro del mismo gobierno.

Sin embargo, sería un error achacar al batllismo la obstaculización de la modernización del Estado. El famoso artículo del «3 y 2» de la Constitución de 1952 – que implicó un reparto descarado de empleos públicos - contó con la entusiasta aprobación del herrerismo. Lo que demuestra que las prácticas clientelísticas estuvieron siempre muy extendidas en los partidos políticos.

Durante su primer gobierno 1985-1990 Julio María Sanguinetti habló concretamente de modernizar el Estado y mostró su preocupación por terminar con las colas en las dependencias públicas. Luis Lacalle Herrera fue, tal vez, el presidente que desde el retorno de la democracia intentó hacer los cambios más profundos en el Estado uruguayo. La Ley de Empresas Públicas, promulgada en 1991, no sólo buscaba modernizar las empresas del Estado, sino cambiar el modelo de gestión comercial e industrial. Esta ley abordaba áreas como la gestión de PLUNA, telecomunicaciones (ANTEL), servicios portuarios, ILPE y energía eléctrica, permitiendo que se asociaran con capitales privados. La historia es conocida. Tras una implacable oposición político- sindical gran parte de los artículos que permitían estas privatizaciones fueron derogados en un referéndum el 13 de diciembre de 1992, donde el «Sí» a la derogación ganó con amplia mayoría, defendiendo la propiedad estatal. (Atención con este punto: no se derogó toda la ley, sino una parte de ella, referente a la propiedad de las empresas)

Independientemente del juicio del valor que se tenga sobre esa ley con la perspectiva histórica se puede deducir que el mayor error cometido por aquel gobierno fue cuando el entonces senador Ignacio de Posadas habló de «enterrar al batllismo». Una mojada de oreja que hizo resurgir con fuerza la cultura estatista de los ciudadanos. Jorge Batlle apoyó esa ley, pero cuando llegó a la Presidencia de la República el cúmulo de problemas que debió afrontar impidió que impulsara las reformas que bajo otras circunstancias históricas muy probablemente, hubiese intentado

En un principio parecería que los gobiernos de izquierda de Tabaré Vázquez y José Mujica fueron predominantemente estatistas. No estoy totalmente convencido. La izquierda no tocó los privilegios corporativos, pero muchas veces actuó con pragmatismo sin apostar a la sobre-regulación. No se retornó al dirigismo económico. Y siempre me llamó la atención lo que dijo Lacalle Pou sobre que durante su gestión presidencial terminó «queriendo» al Estado.

En fin... para terminar estas notas que buscan ser un humilde aporte a la cuestión del Estado uruguayo voy a narrar una breve anécdota histórica que contaba el profesor José Pedro Barran: en tiempos de la colonia hubo una crisis económica en la Banda Oriental que afectó a los comerciantes españoles llevándolos al borde de la ruina. ¿Qué hicieron entonces? ¿Aceptaron la quiebra y comenzaron de nuevo, con esfuerzo y sacrificio? No. Nada de eso. ¡Hicieron una manifestación hasta el Cabildo para reclamarle al Estado español que los resarciera!

Nada nuevo bajo el sol.

**Ramiro Rossi**

Integrante del CED del PC de Salto

¿Y si a Uruguay le conviene que gane Lula?

Imagínese a un uruguayo cualquiera, podría ser usted, sentado en el living, mirando el noticiero. En un canal, Brasil define presidente en poco más de un mes. En otro, Argentina ya empieza a hablar de 2027. Y en el medio, como siempre, un país de tres millones de habitantes que no vota en ninguna de las dos elecciones, pero que va a vivir con el resultado de ambas.

Estoy parado en la vereda de enfrente de Lula. Aun así, que él no gane puede ser más duro para Uruguay. **EL MUNDO CAMBIÓ DE REGLAS** Hay una imagen que leí hace poco en The Economist y que no se me fue más de la cabeza: el mundo actual empieza a parecerse al Chicago de Al Capone, en los años 30. Un escenario donde los más fuertes imponen condiciones a fuerza de presión y amenaza, y donde los árbitros que deberían poner orden —los organismos y acuerdos internacionales— están débiles, ausentes, o directamente forman parte del mismo juego de intereses.



Los aranceles que Estados Unidos le aplicó a Brasil son un ejemplo perfecto: el comercio dejó de ser comercio y pasó a ser una herramienta de presión política.

En ese mundo, las reglas valen cada vez menos cuando no hay quien las haga cumplir. Y los países chicos y medianos —el nuestro entre ellos— tienen cada vez menos lugar para quedarse cómodos, mirando desde afuera las peleas entre gigantes.

Esa es la foto panorámica. Ahora vamos a la nuestra.

EMPECAMOS POR BRASIL Lula y Flávio Bolsonaro aparecen técnicamente empatados de cara a un balotaje: 43% contra 40%, según la última encuesta de El País. No es un dato menor: el hijo de Bolsonaro se posiciona como una posibilidad real.

Y ahí me preocupa algo que creo que se subestima: si gana Flávio, Uruguay queda más solo de lo que la gente cree. No porque nadie nos vaya a cerrar la puerta explícitamente, sino porque este es un mundo que pide identificación. Y a los que no se alinean, tarde o temprano, se les pasa factura.

Ya tenemos un antecedente que me sirve de termómetro: el Escudo de las Américas. Uruguay quedó afuera —hay discusión sobre si hubo o no invitación formal, pero el resultado fue el mismo— mientras otros países de la región empezaron a coordinar seguridad con Washington. Y esto no es un dato menor. Un país que se ha convertido en un punto de tránsito y de salida de cocaína hacia Europa necesita, más que nunca, cooperación internacional, intercambio de inteligencia y coordinación con los países que también están en esa ruta. Difícilmente Uruguay pueda enfrentarlo solo.

La pregunta que se plantea, entonces, es: ¿qué trato podemos esperar de dos potencias vecinas de derecha cuando el gobierno de turno en Uruguay es de izquierda? No tengo la respuesta. Pero el Escudo ya me da una pista que no me gusta.

¿Y EN ARGENTINA? Acá tengo simpatía por el gobierno de Milei. Y los números, en mi opinión, lo respaldan. La pobreza bajó de 41,7% a fines de 2023 a 28,2% de la población en el segundo semestre de 2025. La inflación mensual, que cerró diciembre de 2023 en 25,5%, hoy está en 2,1%; la interanual pasó de 211,4% a 33,8%. Son números duros, no relato. Pero no soy ingenuo. Las encuestas de mediados de 2026 ya no muestran a Milei con la reelección asegurada: varios sondeos lo dan sin ventaja para ganar en primera vuelta, e incluso algunos ubican al peronismo empatado o por delante.

El desgaste de gestión existe, y el peronismo, aunque hoy no tenga un candidato claro, tiene una máquina que se enciende y arranca enseguida. Así que, aunque prefiera que gane la derecha, sería un error de mi parte descartar que el peronismo vuelva con fuerza.

Brasil de derecha. Argentina, otra vez, con Milei o alguien parecido. Estados Unidos exigiendo definiciones cada vez más claras. Y Uruguay, con un gobierno de izquierda que elige gambetear las declaraciones y, encima, con un pésimo declarante.

No creo que Uruguay quedaría aislado del todo —eso sería exagerado—. El riesgo es otro: quedar descolocado, rodeado de vecinos que coordinan entre ellos una agenda de la que no formamos parte. Entonces, ¿qué le conviene a Uruguay? Hay que separar lo que apoyamos ideológicamente de lo que le conviene al país. Hoy, en un mundo donde los bloques, las presiones y los pases de factura son moneda corriente, a Uruguay no le conviene quedar aislado. Por eso, de acá a 2029, un Brasil con Lula le garantiza a Uruguay un vecino y un aliado con quien coordinar. No porque comparta su ideología, sino porque hoy la prioridad debería ser no quedar solos.

Como dijo Winston Churchill: «Solo hay una cosa, peor que luchar con aliados y eso es pelear sin ellos»

**David Auris Villegas**

Escritor peruano, columnista pedagógico, profesor universitario. Creador del ABDIVCPCE. davidauris@gmail.com

Jorge Luis Borges, maestro del Storytelling pedagógico

Hace unos días, visité mi cafetería favorita y encontré a un grupo de colegas discutiendo con ardor. Al verme, me invitaron a la mesa y confesaron su tragedia: habían fracasado en la temida clase modelo de una prestigiosa universidad peruana. Denigraban el acartonado esquema mientras se tiraban de los pelos. Me pidieron un consejo. Apenas atiné a decir: Lean Borges *profesor*. Sorprendidos, me preguntaron: ¿Y quién es Borges?

Y así, queridos lectores, la conversación con mis colegas se transformó en este artículo dedicado a Borges, quien no buscaba que el estudiante memorice, sino que piense. En *Borges profesor*, con notas de Martín Arias y Martín Hadis, descubrimos cómo Borges inspiraba literatura en la Universidad de Buenos Aires mediante su peculiar storytelling.

El Storytelling, hoy está de moda en el terreno educativo, nació en el ámbito empresarial como estrategia para conectar la emoción del producto con el



público. Aquí desmonto la arquitectura del Storytelling pedagógico utilizado por Borges que, adaptándolo al contexto docente, puede transformar las clases en una experiencia memorable.

Borges ingresaba al aula, saludaba brevemente y, de inmediato, despertaba la curiosidad con una pregunta misteriosa o una frase que enlazaba la clase anterior con el tema actual. Así comenzaba su particular viaje pedagógico, repleto de motivación e intriga.

Luego contaba una historia inspiradora, fusionando literatura y realidad. De pronto, hacía aparecer al personaje, construía la escena e introducía un conflicto capaz de conectar con las experiencias de sus estudiantes. Las interpelaciones surgían entonces como conversaciones amenas: Borges dialogaba, escuchaba y citaba autores, evitando convertir la clase en una simple exposición temática o bibliográfica. Prefería que sus estudiantes descubrieran por sí mismos las fuentes y fortalecieran progresivamente su autonomía intelectual.

Los invitaba a pensar, cuestionar sus conocimientos y emerger de sus certezas mediante sorprendentes saltos temporales, como en sus cuentos. Mientras ampliaban su bagaje literario, permanecían con el apetito intacto de seguir aprendiendo por cuenta propia.

Al finalizar aquella memorable experiencia pedagógica, Borges, como encantador de historias y maestro del relato, se marchaba dejando flotando una pregunta. Esa interrogante se convertía en el acicate para el próximo encuentro y permanecía en la memoria de sus estudiantes.

Al concluir este breve recorrido, mis colegas habían transformado la desdicha en esperanza y triunfo. Sin despedirse, partieron a la librería por *Borges profesor*, resueltos a descubrir cómo convertir el storytelling en su poderosa herramienta didáctica. ¡Como podrán notar, la clase había funcionado!